

SOBRE LOS ESCOMBROS DE UNA IGLESIA INCENDIADA POR UN RAYO. — CASA DE GOBIERNO, CARCEL, AUDIENCIA Y AYUNTAMIENTO. — EL SALON DE RECEPCIONES. — EL SILLON DE LOS CAPITANES GENERALES. — ¡SI PUDIESE HABLAR...! DON LUIS DE LAS CASAS, EL «PADRE DE LA PATRIA». — EL FUNDADOR DE CIENFUEGOS. — GOBERNADORES DE CUYOS NOMBRES NO QUEREMOS ACORDARNOS. — EL VALOR LROBADO DE DULCE. — LA INTRANSIGENCIA LO REPUDIA POR DEBIL.

Sobre los escombros de una iglesia de tabla (la primera que se construyó en Cuba) incendiada por un rayo, se levantaron, allá en los primeros tiempos de la colonización, los cimientos y los primeros paredones de lo que había de ser Casa de Gobierno, residencia de los Capitanes Generales, Cárcel provisional, Audiencia, Ayuntamiento y Palacio Presidencial. En torno de aquel edificio comenzó a surgir y bullir con sus fortalezas casi desprovistas de guarnición y de defensa, con los tinglados de sus muelles rudimentarios, con sus escuetas alamedas, con la angostura de sus calles, con la severidad de sus caserones, la que año tras año, siglo tras siglo, había de convertirse en la polícroma variedad, en el vistoso esplendor y en el activo dinamismo de una de las más importantes ciudades de la América española.

Si de los resquicios de las paredes, de las rejillas de las butacas, de los pliegues de las cortinas de ese salón de recepciones que ve delante el lector, pudieran resurgir los recuerdos que en ella se acurrucaron durante cuatro siglos, ¡de cuánto fausto y pompa de diplomacia, de cuánta irradiación de cruces, entorchados y condecoraciones, de cuántas intrigas y lisonjas palatinas, de cuántas enojosas solicitudes nos habían de hablar! ¡Cuántos trascendentales sucesos de la historia de Cuba tuvieron su inicio y su forja en ese sillón en que sobre la cumbre de su jerarquía y de su autoridad se asentaban los Capitanes Generales!

Desde él fulminaron contra los piratas y corsarios, Don Gaspar de Torres, Don Gabriel de Luján, Don Juar de Tejada y Don Pedro Valdés. Desde él, Don Sancho Alquizar fundó el pueblo de su nombre guarnecido de ingenios. Desde él Juan de Salamanca alzó la Cárcel de la Habana y tuvo a raya a los bandidos de dentro y a los bandidos de fuera: los filibusteros. Desde él Don Severino de Manzaneda, el colonizador por excelencia, levantó la ciudad de Matanzas y la villa de Santa Clara. Otros como Don Lorenzo Cabrera y Don Francisco Xilder, torcieron desde la pompa de ese sillón la vara de sus poderes. Después, tras las torpezas de Gregorio Guazo Calderón, el estancador del tabaco y de sus émulos Francisco Güemes y Francisco Cajigal y del inepto Prado Portocarrero y Luna que entregó la Habana a los ingleses, la gentileza y prodigalidad del Marqués de la Torre, a cuyo nunca fatigado dinamismo surgieron la Alameda de Paula, el Paseo de Isabel II (Prado) el Teatro Principal y la pavimentación de la Habana.

Y ocupa — ¡cuán meritoria y gloriosamente! — el sillón de los Capitanes Generales, Don Luis de las Casas, «Padre de la Patria», como lo llama su panegirista el Padre José Agustín Caballero; el que, según el mismo orador sagrado, «ejerció más influencia en la prosperidad y el bienestar de la Isla». «Ni antes ni después, — escribió a su vez Pezuela — ha mandado España a Ultramar Gobernador alguno que le aventaje en dotes para el gobierno». Fué mucho vasco este Don Luis, que lleno de cruces ganadas ante el enemigo, con los entorchados de General de Brigada y con la banda de Mariscal de Campo vino a gobernar a Cuba el fausto y claro día del 23 de Junio de 1790. Es mucho vasco este Don Luis torjador del período de oro del régimen colonial, fundador de la «Sociedad Patriótica de Amigos del País» y del «Papel Periódico» — la primera publicación de la Isla — propulsor de la Casa de Beneficencia, amparador de los pobres, para quienes dejó parte de sus emolumentos y el producto de una lotería. Apenas se sentó en el sillón del Palacio de la Plaza de Armas franqueó, como lo manifiesta un ilustre escritor de aquel tiempo, las puertas del templo de Temis a cuantos infelices imploraban su protección, colocando en su mismo palacio el archivo de los ministros de la pública felicidad». «Se esmeró, dice el gran Humboldt, en suavizar las formas de justicia y creó el noble empleo de defensor de los indefensos». «Jamás funcionario público alguno, escribe otro, mereció elogios dichos con tal espontaneidad; como que Las Casas no dejó heredero que pudiera recompensar y la lisonja intencionada quedaba sin efectos».

Hemos aludido a la Sociedad Patriótica de Amigos del País fundada por Don Luis. No se contentó con echarla a andar. Ensanchó, facilitó y glorificó su camino con el celo de su persistente actuación. «No hay en las actas de la Sociedad Patriótica, afirma el citado Padre José Agustín Caballero, página vacía sin su nombre; no hay junta que él no haya presidido, ni negocio en que no hubiese intervenido; no hay proyecto que no hubiere sido suyo o al que no hubiese concurrido con su sufragio o en cuya ejecución no se hubiese arrebataado una máxima parte; ningún asunto se ocultaba a su eficaz intervención; al punto descubría los recursos que se necesitaban y las fuentes que los habían de suministrar». Pero los más altos y elocuentes elogios de este maravilloso Don Luis están en la casi inverosímil multiplicidad de sus empresas para el alma y para el cuerpo; en la clase de Química y Agricultura que creó; en las escuelas gratuitas que levantó y protegió; en la Biblioteca pública que amplió y abrió para todos, aunque no fuesen socios, en la Cátedra de Matemáticas que fundó, en el Jardín Botánico que instaló y en el comercio que libró de las trabas del monopolio. El peso enorme de todas estas gestas rindió al fin y quebrantó aquel cuerpo en que se agitaba su alma gigante.

Siéntanse tras él en el sillón de los Capitanes Generales el «suave y bondadoso» Conde de Santa Clara, el disciplinado militar Someruelos, siempre en guerra con los corsarios ingleses, Cienfuegos, cuyo nombre perpetúa la Perla del Sur por el fundador... Saltemos sin volver la vista atrás por Kendelan, por Dionisio Vives y por Tacón, alivie-mos el ánimo en el breve gobierno de Serrano que, después de haberlo alcanzado todo en España, vino a Cuba para favorecer las solicitudes Reformas, y el nombramiento de Diputados a Cortes, y a su regreso a Madrid pidió para la Isla como necesarias y urgentes las libertades políticas por las que tan reciamente se clamaba.

Descansemos también en el mando del General Dulce, a quien, a pesar de las cuatro Cruces Laureadas de San Fernando que cubrían su pecho, le repudió como débil la intransigencia, por haber tenido el valor de no oír, según la imperturbable rectitud de su conciencia, los gritos descompuestos de la pasión exaltada y sangrienta.

Ahí lo ves, lector, con sus dignos antecesores: Serrano, Don Luis de las Casas y Salamanca.

Don Luis de las Casas
 9/30
 MONUMENTAL
 OFICINA DEL HISTORIADOR
 DE LA HABANA